



CLIC

David Feijoo

© David Feijoo Benítez
Marzo de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

1. El parking

La ciudad parece más luminosa en la parte que duerme, ¿no te parece? Deja que te hable de mí y de ese espectacular automóvil que estás viendo en la fotografía. Imagino que un tipo que hubiese currado un montón de horas con el único sueño de poseer un coche así lo apreciaría más, yo me limité a disfrutarlo, para mí es sólo un consumible, algo material que valoro por su capacidad de diferenciación, no por lo que me hace sentir, pocos objetos pueden hacerlo ya. Te diré cuál es el origen de todo, mi padre era un pobre diablo que se deslomaba a trabajar sin que nadie valorase su esfuerzo, con la sola motivación de seguir adelante un día tras otro. Vivía en un pequeño apartamento de alquiler en una zona antigua que había sido esplendorosa en otro siglo. En su calle, a pocos metros de su casa, en la acera de enfrente, había un viejo palacete disimulado con la fachada cubierta de hiedra seca y el jardín lleno de botellas, bolsas de basura y condones usados. Allí vivían dos ancianas, ambas cojas, una de ellas enormemente obesa y viuda, la otra soltera y casi ciega. Eran hermanas, y aunque su aspecto era miserable, estaban podridas de dinero familiar. Mi padre lo vio, no tuvo que pensarlo, una mañana, en vez de acudir a su frustrante empleo, se fue a la tienda de comestibles y compró un paquete de bolsas de basura, se dirigió con ellas al jardín del palacete y empezó a recoger las porquerías acumuladas con sus propias manos. Las ancianas ni se percataron. Estuvo limpiando el exterior de la casa hasta el anochecer, arrancó la maleza y los restos de hiedra que alcanzaba. Al día siguiente volvió, pero antes se pasó por la ferretería y compró una escalera plegable, útiles de jardinería y semillas. De nuevo se quedó hasta el anochecer ante las miradas atónitas de sus vecinos que no tenían una explicación. Tampoco se atrevían a pedírsela, no tenían confianza con aquel joven poco hablador y de apariencia huraña. Las ancianas se asomaban esquivas tras las cortinas y le observaban remover la tierra olvidada del jardín reseco. Al día siguiente permanecían más tiempo observando y así un día tras otro hasta que el jardín estuvo sembrado y la fachada resplandecía recién pintada. Al cabo de varios días mi padre pidió permiso para continuar la labor en el interior de la casa. Llamó al timbre y la más joven de las dos hermanas, la obesa, se asomó y le miró como quien contempla el advenimiento de un ser divino que vende aspiradoras. Él penetró con decisión en la morada y se puso a limpiar agitadamente mientras la otra hermana le observaba desde el rellano de la escalera con los ojos achinados. Cada día acudía a su nueva ocupación con la

ilusión desocupada que había acumulado en años de desolación laboral. Limpiaba, arreglaba, cocinaba. Sus ahorros se agotaron y en ese momento clave expuso con total naturalidad a las hermanas que iba a necesitar dinero para la compra diaria. La mayor se dirigía excitada en busca de su cartilla hasta que la más joven le mostró una mirada de reprimenda y extrajo monedas de su bolsillo, una cantidad irrisoria que dejó en una mesita repleta de objetos de costura, al alcance de mi padre. Él lo cogió, la miró sin reproche dejando entrever a la vez la decepción y un leve enfado y se fue. Ese día tomaron un caldo aguado y el extraño se sentó por vez primera a la mesa para comer con ellas. Las hermanas se miraron sin atreverse a romper el delicado hilo que cualquier palabra hubiese podido destruir. A partir de aquel día, cada mañana, antes de que llegara el hombre, en aquella mesita aparecía una cantidad de dinero que nunca volvió a ser tan mísera como la primera vez. Incluso era exagerada cuando se acercaba una fiesta que celebrar comiendo dulces. Y entonces había dulces y cuando la cantidad lo sugería también champagne o licores. Y las ancianas y el hombre se achispaban y cantaban como jovencitas traviesas de un internado las canciones que el joven les proponía y hasta daban palmas. Al anochecer les indicaba que era tarde y sugería paternalmente que debían acostarse para que él pudiera recogerlo todo y fregar los cacharros. Una noche la renuente hermana menor, cuando el joven subió a asegurarse de que todo estaba bien, entreabrió la puerta de la habitación que dejaba escapar la luz tenue de la lamparilla hacia el pasillo. Él entró a comprobar qué sucedía y la vio en la cama, con el edredón bajo la nariz y la mirada clavada en sus ojos. Se acercó y acarició la mano arrugada con la que sujetaba las sábanas. Ella tembló de forma imperceptible y el joven la besó en la mejilla y le deseó felices sueños. Al poco tiempo mi padre ya no pagaba un alquiler mensual, las hermanas permitieron que la vida entrara por la ventana de su pequeño mundo olvidado y compartieron con aquel extraño el resto de sus vidas. Él las cuidaba y la confianza llegó a que en sus seniles últimos meses de vida permitiesen al hombre lavarlas con mimo y vestirlas cada día, siempre variando el turno de ambas para evitar recelos entre ellas. En la vida de mi padre sucedieron más cosas importantes, son otras historias por contar y que no se reflejan en la fotografía que observas. Si habrás podido concluir con esa imagen y lo que conoces que ahora yo vivo del dinero familiar. Vivimos en un hermoso mundo, ¿verdad?.

2. La zona de restaurantes

Soy el rubio de las gafas con la boca llena. Vengo aquí a comer las tortillas, son estupendas, rellenas de carne, tomate y queso. Mi ex-novia también las hacía aunque no sabían igual, nada sabía igual en su casa, nos habíamos vuelto insípidos. Esta vida industrial que no te deja chorrear la coca-cola con ginebra, este lugar carente de provocación es todo lo que tengo, quizás es por la compañía de la gente o porque el camarero me saluda, lo que implica que reconoce mi común cara entre la multitud y eso que no dejo propina. Giro alrededor de este lugar hasta que llega el viernes y me atrevo a profanarlo, observando a los demás, su menú del día o sus alitas de pollo. Lo he probado todo, empecé por los de bocadillos, el McDonald's, la pizza artesana, el pollo frito, la pasta, ninguno como el de las tortillas, menos la de gambas, demasiado dulzona. La chica que las hace tiene una cara redonda y bondadosa que se refleja en sus tortillas de patatas. La siberian, que es la que tomo en los últimos meses, se nota que no le gusta, la hace de forma monótona, casi hipnótica, es la más vendida por su relación precio-cantidad y le aburre repetirla una y otra vez; no hay arte en una siberian, o es o no es, no puedes aportar genialidad, todas han de ser homogéneas, incluso las cantidades de los ingredientes están apuntadas en una chuleta que te dan el primer día de trabajo. Si rebasas los niveles de tolerancia, el encargado te dirá que la deshagas si es pequeña o que no la sirvas si es demasiado grande. He sido uno de los desdichados que comió una siberian de ingredientes reciclados de otra más pequeña, qué mal sabe una siberian recalentada, no queda jugosa aunque dejen líquido el huevo de dentro para disimularla un poco. A pesar de todo las pido una y otra vez, soy incapaz de odiar, sí, a veces me digo ¡mierda, el próximo día hamburguesas!, pero acabo volviendo todos los fines de semana, lo hago por comprensión, entiendo el hecho de que un profesional tenga un porcentaje de errores en el trabajo que realiza y no por ello es un mal profesional (¿lo entiendes, jefa cabrona?). Una mala siberian la pueden hacer hasta en la sede central de la franquicia, en la que forman a los futuros encargados de negocio durante un año. Allí aprenden a valorar los costes fijos y variables de una tortilla, el margen neto de beneficio, los modelos contractuales más ventajosos, cómo usar el software de comandas para gestionar los stocks y las reposiciones, a contactar de forma adecuada con autoridades locales para agilizar licencias de apertura y en definitiva todo lo relacionado con su futura actividad. Pero lo más importante es que durante

nueve meses de los doce desempeñan los diversos oficios de la tortillería como pinche, cajero y a la vez, dedican media jornada cada día a confeccionar cientos de tortillas, de todas las variedades, hasta que son capaces de rebajar el tiempo estándar de confección sin rebasar los gramos de ingrediente establecidos. La leyenda dice que esas tortillas constituyen su único alimento durante ese periodo y que después nunca más podrán volver a probarlas bajo riesgo de perder el contrato de franchising si son detectados. Si tuviera suficiente dinero montaría mi propio local en una ciudad media en la que la marca sólo autorizase una concesión, nada de medirme con las de los otros barrios cada mes para ser el rey de las tortillas de febrero, no, yo sería mi único baremo. Establecería nuevas reglas en cuanto a lo de no poder comer mis productos, sí, tendría a una cocinera de cara ancha haciendo tortillas siberian sin parar doce horas al día y así tomar una recién hecha cuando me apeteciese, y las sobrantes las regalaría a alguna organización de beneficencia o al comedor de un colegio público.

A mi ex-novia no le gustaban las siberian, estaba harta de hacerlas día tras día, claro que ella tiene una cara alargada y no mide bien los ingredientes, por eso no le renovó el encargado y tiene mucho que ver el hecho de que dejase de hacer tortillas con que yo la dejase, bueno, o con que ella me dejase a mí.

3. Planta de la moda

Recuerda todas las lágrimas aún siendo la chica joven que es. Sus ojos son inocentes, pueden mirarlos para comprobarlo, se reflejan limpios. Sus amigas se están casando con sus novios de siempre, tienen hijos y ella todavía no ha arrancado su vida. Le hablan de proyectos y su mirada empieza a enturbiarse, bienvenida desesperanza. El futuro es de los demás, las ilusiones son irreales siempre, un lujo que su salud mental le aconseja no permitirse. Su círculo ya no lo es porque se ha quedado fuera, el círculo siempre se desplaza y se convierte en algo parecido al juego de las sillas, deja víctimas, la diversión consiste en seguir jugando al precio de que algunos hayan abandonado el barco. El precio siempre es un coste, jodidos economistas, sobretodo cuando puedes ser tú uno de los que se queden en medio del mar viendo alejarse la estela espumosa del maldito barco.

¡Qué gorda estoy!, yo no soy así, para una vez que puedo lucirme y salgo tan gorda. Qué horrible, qué pelos, ahora ya no llevo ese peinado, así con el pelo más corto dicen que parezco más joven. El vestido que estoy mirando no es el que compré, entré a probármelo, en el escaparate parecía muy sexy pero puesto parecía un saco de vendimiar de terciopelo, por no hablar del precio. Me fui a la cadena de al lado y me compré un resto de temporada que una amiga modista me arregló en un tiempo récord. Tenía un escote pronunciado que me resaltaba mucho los pechos, los tengo pequeños pero creo que son bonitos, vamos a mí me gustan. Y quien los ha visto opina igual, unanimidad sobre mis tetas. Además estaba muy morena al final del verano, que caray, estaba muy guapa con aquel vestido arreglado.

Está muy guapa incluso con los vaqueros y ese jersey dado de sí. Y con el viejo corte de pelo. Está muy guapa anhelante, a la izquierda del encuadre, ligeramente desenfocada. A su derecha el vestido que podría ser un deportivo rojo lucifer, un actor de cine, una mujer desnuda, un millón de dólares, un planeta o una tortilla siberian. Pero es un vestido negro y tras él, una dependienta con una profunda mueca de monotonía ante la posibilidad de que la mujer que está delante del escaparate izquierdo pase a confirmarle que es una de esas desgraciadas que piden el precio antes que la talla. Las cala a la primera. Y las odia, se le ve en la cara afilada y en esos ojos pequeñitos ribeteados. ¿Y si no las odia?, pensar en que no las odia, en que ni siquiera odia a ese tipo de personas, pensar en ese tipo de autosuficiencia tan común produce arcadas y risas compulsivas.

Necesitaba un vestido elegante para estar muy guapa, no tengo por qué contar, y menos públicamente, para qué necesitaba ese vestido. No tengo por qué contar si sirvió para algo comprármelo, si salió bien o si salió mal. No tengo que darle explicaciones a nadie de mis motivos, es más, ni siquiera debería aparecer en esa fotografía.

¿Y si la gente cargada de razones decidiera cambiar las cosas?, ¿qué pasaría si la chica de la foto decidiese ponerse al otro lado del escaparate? Simplemente porque juzgase apropiado que por una vez las cosas no han de suceder de acuerdo a un guión sobre el que nadie te pregunta. Te dan un papel y te lo comes, ¿y si no te gusta?, si no te gusta siempre puedes dejar la serie. Ya. Les contaré un secreto, por esta vez vamos a revelar el después, la chica se fue y la dependienta sigue al otro lado del escaparate clasificando. Es así incluso en el negativo.

4. Espacio cultural

Me gusta cuando las fotografías suenan como órganos épicos de producción pop británica de los ochenta. O como un Fender Rhodes que aguijonea en el momento preciso del estribillo. Exponer allí fue un primer paso muy importante, ese lugar es un símbolo para la comunidad y me había costado demasiados sudores como para cagarla con una mediocridad. ¿Es eso lo que refleja mi rostro?, si fuera un ejecutivo sería ambición, pero esa expresión en los ojos de un artista se llama talento. Son sólo dieciocho fotos, seleccionadas cuidadosamente entre más de doscientas, así precisamente quise que se llamase aquella exposición, “dieciocho”, llena de rostros con la mirada atolondrada propia de un presidiario, de una prostituta, de un refugiado o de un vagabundo seropositivo, un poco de conciencia social entre visas desgastadas y niños caprichosos borrachos en el Toys'r'us. E impacté, como suelo hacerlo desde que empecé, vendí docenas de reproducciones, firmé cientos de catálogos y apreté miles de manos. Me sacaron fotografías que reprodujeron periódicos de tirada local y hasta las ediciones regionales despistadas de algún nacional. Y entre todas esas fotos en las que aparezco con comerciantes, famosos y admiradores, me sacaron ésta en la que estoy solo, quince minutos antes de la inauguración, contemplando que no haya reflejos molestos, en mi rostro no aparece la inseguridad, nunca hubo razón, estaba seguro de que aquel lugar no era una prostitución comercial para el artista, sino el comienzo de mi ascenso, una buena oportunidad para darme a conocer al público. Lo había calculado, temática social, blanco y negro, riesgos medidos, impacto pero no repugnancia, todo preparado para el triunfo. El centro político, temperaturas tibias. Salí bien.

Reconozco que mi retrato es llamativo, la misma idea de utilizar un centro comercial como temática para un trabajo fotográfico es buena, me jode que no se me haya ocurrido a mí. Y exponerlas en otro centro comercial es darle una vuelta al círculo, genial. Adictos a la compra, gastadores compulsivos, poderes adquisitivos variados enfrentados entre sí. Y un fotógrafo contemplando su propia exposición. Si ya hubiese perdido toda mi sensibilidad artística, aquí habría una demanda por sacarme en pelotas delante de mi propio público, que, por otro lado, y afortunadamente para sus conciencias, si no tiene la suficiente capacidad de autocrítica con esta idea, cuanto menos la va a tener para descubrirme estrangulando mi honestidad. Enhorabuena, la imagen es contundente, aunque llegáis tarde.

A modo de epílogo

A nadie le importa cuando estás jodido, no saben que te sientes un extraño de ti mismo porque no te ven. Chica, no sabes lo cerca que está Dios, viaja a nuestro lado por esta autovía que nos lleva al templo del consumo y estás a un solo reventón de rueda de él. Déjame devenir tan mítico como las siglas de mi coche. Y una vez aquí sé que hablo con el susurro aerodinámico del viento y no contigo, es fácil, basta con no girarse al hablar y mantener la atención en el asfalto. Qué imagen tan triste un hombre de treinta y pocos comiendo solo en un centro comercial. Esa comida aligera voluntariamente su final, se alimenta de aquello de lo que se compone. Una mujer negra sentada tras las bandejas apiladas de quienes comieron antes en esa mesa ni siquiera se plantea recogerlas ella, ya vendrá una de las contratadas a hacerlo, como con las demás personas, pero pasan de largo, aunque a ella sí la ven. El treintañero establece de inmediato una conexión mental con la mujer. La conexión se rompe en cuanto la acaricia un niño negro de seis años al que le siguen un hombre con gafas redondas que lleva a una niña de cuatro sobre los hombros. Plop. De inmediato surge de la nada un chico con la misma actitud de necesitar ese indefinido auxilio sentimental y/o sexual. Ve a una joven madre con sus niños, sola. Ella le mira de reojo mientras sus hijos componen unas horribles figuras de plástico con forma de libélulas deformes. Puto happy meal. Al chico con actitud le trae una bandeja llena de trozos de pollo una chica estupenda. Y la mujer sigue observándole, es algo entre temor y curiosidad. Quizás quiere proteger a sus hijos del conocimiento carnal, o a sí misma. Quizás ni siquiera se ha percatado del joven hombre y tan sólo es bizca, o curiosa o se aburre. Se va con sus hijos que simulan perseguir a las libélulas de enormes ojos acristalados. Peligroso juguete para un niño, piensa el hombre atormentado que lamenta haberse dejado la reflex en el coche. El dinero no es el problema, no en esta sociedad creada por la gran banca. No hay sindicatos que lo defiendan de la alta temporalidad contractual existente en su sector, pero no los necesita por su posición privilegiada, la cuna te presupone y permite que tengas siglas y cámaras de medio millón. Lo malo es cuando tienes dinero o mejor dicho posición y a la vez tienes conciencia social o algo que se le parece. Entonces te atormentas y asustas a la gente con esa forma de mirar tan preclara y abrupta, como poseyendo el santo grial de la realidad con la que los demás sólo operan en los mercados de compraventa. Y les ves y ellos te ignoran para no tener que

matarte a hostias por gilipollas rompehechizos. Y te llaman raro. Y te sientes pederasta si acaricias a un niño porque provocas desconfianza en su madre que sabe que eres sexy y teme que su bebé se percate. Lo jodido es cuando comes solo en un centro comercial e intentas aparentar normalidad, como que comes solo porque quieres o porque es algo puntual, y no lo es, todo en tu vida es continuo, hasta cagas como un reloj. Y lo peor de todo es que no tienes ni idea de fotografía y te salen sobreexpuestas o movidas. Pudiste haber hecho un cursillo, aunque sólo te lo tomas como un hobby momentáneo si es que algo puede serlo para ti, momentáneo minuto a minuto, casual cada hora o espontáneo día tras día. Efímero hasta el final.

FIN